



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

2 – Fannâs “El Canalla” desafía a Ibrahim

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 6
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 2 – Fannâs “El Canalla” desafía a Ibrahim



Pero hete aquí que el *babb* Federico tenía otro sobrino llamado Fannâs El-Aqnâs: un maldito e inmundo canalla, por parte de padre y madre; un perro apestoso, un lobo sarnoso incapaz de cualquier buena acción, y eso, por no hablar de su físico: calvo, tuerto, legañoso, paticorto y barrigón. En fin, que, si lo hubieran puesto a la venta en el mercado de esclavos, nadie habría dado media piastra por él. No tenía ni un solo amigo, y todo el mundo estaba deseando que le pasara cualquier cosa para librarse de él. Junto a todas estas taras físicas, ya en sí repugnantes, añadamos que su alma era aún más inmunda que la tina de un vendedor de cabezas de

cordero¹, y que su estado normal era la embriaguez: bebía vino por la mañana, por la tarde y por la noche, y pasaba todo el tiempo en las tabernas. Así que, el día en que Federico había partido al encuentro de Edamor, Fannâs estaba apurando vaso tras vaso en una posada, y cuando emergió de los vapores del vino, al no encontrar allí alma viviente, llamó a voces al posadero, un tipo llamado Abd El-Salîb:

– Oye, chaval, ¡cómo es que no queda ni un gato en tu tenderete! ¿Adónde se ha largado todo el mundo?

– Cómo, señor, ¿es que no sabes lo que nos ha pasado hoy?

– ¿Por qué? ¿qué ha pasado?

– ¡Pero no sigas ahí, sentado en tu silla! Sal y disfruta del espectáculo, como todo el mundo: hoy no queda nadie en Roma, todos los habitantes han salido para ver la llegada del embajador del *rey*; hasta tu tío, el *babb* Federico, ha ido en persona a recibirle.

– ¡Qué me cuentas! ¿Mi tío también ha ido a recibirle?

– ¡Claro que sí!

¹ Los vendedores de cabezas de cordero cocidas (una comida tradicionalmente apreciada, sobre todo en Damasco) eran famosos por la repulsiva suciedad que solía invadir sus tenduchos.

– Pero, ¿quién es ese tipo para merecer tantos honores?

– ¡No digas eso, *figlione!* El embajador del *rey* de los musulmanes es el célebre hijo del Korani en persona; el que ha matado a Abd El-Ahad, el hijo del *babb* de Chipre, y el que ha liquidado al Ogro Espantoso de la Isla Esmeralda.

El posadero –que había salido también a ver el desfile, y había vuelto para cerrar unos asuntos– se puso a enumerar a Fannâs todas las hazañas de Ibrahim: de cómo había vendido la cabeza del Ogro Espantoso por su peso en oro, y el precio astronómico que iba a sacar por la venta de la fruta de la isla. El relato de todos estos hechos desencadenó en el corazón de este ser depravado unos celos terribles. Se rascó con fuerza la cabeza, lo que tuvo como consecuencia desencadenar una nube de caspa que se extendió sobre su ropa como un puñado de estiércol, y exclamó:

– ¡*O porca Madonna!* ¡*Prende animam meam illico, Domine, qui ego non habeo bisogna de illa!*¹ ¡De modo que el hijo del Korani multiplica sus insolencias hacia mi tío Federico, llegando al extremo de expoliar sus tesoros! ¡Y yo aquí, aún sigo vivo! ¡Pero esto no se va a quedar así! ¡Por la religión a la que sirvo, por la palabra sagrada que salmodian los sacerdotes y los monjes en la basílica de San Pedro y San Simeón; juro que voy a *mantar* la cabeza al hijo del Korani con mi *santa-maría!* ¡Esa plata no va a salir de Roma!

Después de pronunciar estas palabras, se levantó de golpe, ciñó su espada y salió a la calle, más renco que la puerta de un convento, y balanceando la gruesa panza sobre sus dos patiocortas cañarejas: ¡qué desagradable espectáculo! Entre tanto, el cortejo se había aproximado a las murallas de la ciudad, y Fannâs se abrió camino entre los mirones, gritando:

– ¡Apartaos, *marfûs*, que voy a *mantar* al hijo del Korani!

Tras muchos esfuerzos, consiguió acercarse a Ibrahim.

– ¡*Duuuh*²! –gritó Fannâs sacando su puñal–. ¡Temblad, frágiles talles, que aquí llega Fannâs El Aqnâs!

Saad, que tenía una vista de águila, fue el primero en fijarse en él, y al darse cuenta que tendrían que habérselas con un imbécil, y un payaso malintencionado, temió que Ibrahim no lo matara sin más ni más, lo que habría provocado una nueva algarada y perturbado el orden del cortejo; así que llamó a su primo:

– ¡Eh, Ibrahim, acércate, que tengo ganas de cambiar tu sitio por el mío!

– ¿Y eso por qué, Saad? –se extrañó Ibrahim.

– ¡Pues porque me apetece! Anda, hazlo por mí. A fin de cuentas, ¿no tenemos el mismo rango?

¹ Se ha traducido en un latín pedestre una jaculatoria que, en el manuscrito original, aparece en siríaco.

² Interjección señal de desafío, usada sobre todo por los beduínos de Oriente Próximo.

– Desde luego que sí.

– ¡Vale, pues entonces, déjame tu sitio!

Benevolente, Ibrahim se colocó a la izquierda de Edamor, mientras que Saad se situaba a su derecha; del lado en que se encontraba Fannâs. Éste, al ver que Ibrahim había cambiado de sitio, se puso a gruñir y a babear como un cancerbero de la estepa.

– ¡Por mi religión –se pavoneaba–, sólo con oír el nombre de Fannâs El-Aqnâs, basta para hacer temblar a ese presuntuoso llamado hijo del Korani! ¡Tiembla, el muy cobarde, detrás de esos bigotazos ganchudos! ¡Se ha cambiado de sitio por miedo a encontrarse en mi camino!

Mientras murmuraba esas bravuconadas, se mudó de lado para interceptar a Ibrahim.

– Me refugio en Dios contra Satanás el lapidado –suspiró Saad, visto lo visto–. Hay que reconocer que ese tipejo tiene la sangre caliente y la cabeza llena de pájaros... ¡Eh, Ibrahim! –continuó en voz alta– Vente para acá, vuelve a tu sitio.

– Francamente, Saad ¿crees que es éste un buen momento para tus bromas estúpidas?

– ¡No, escuha, te aseguro que no es una broma!

– Bueno, pues entonces, te conjuro en el Nombre supremo de Dios, a que me digas de qué va la cosa.

– Por Dios, mira: en tu camino hay una especie de imbécil que me da la impresión de que anda buscando hacer una mala jugada: así que, conociéndote como te conozco, seguro que otra vez vas a sulfurarte y a provocar un escándalo, y nos encontraremos de nuevo con un cadáver en los brazos. Anda, hazme el favor, vuelve a tu lugar.

Aceptando los argumentos de su primo, Ibrahim volvió a colocarse a la derecha de Edamor; pero Fannâs, que tenía sus propias ideas, hizo la misma maniobra, y se precipitó ante su adversario, con el puñal en la mano.

– Eh, *ghandar* –le increpó– ¿Eres tú ese al que llaman Ibrahim hijo del Korani?

– ¡Yo te conjuro, por el honor de tu casa, Ibrahim, déjale tranquilo! –le susurró Saad a su primo.

– Sí, yo soy el hijo del Horâni –respondió Ibrahim, forzándose por guardar la calma.

– ¿Eres tú el que ha matado a Abd El-Ahad, el hijo del rey de Chipre, y al Ogro Espantoso de la Isla Esmeralda?

– Pues sí; el mismo.

– Entonces, ¿por qué huyes de mí como un patán? ¡Por mi religión –rugió precipitándose sobre él– te juro que voy a rajarte esa gorda barriga!

– Escucha, Saad –comentó Ibrahim apaciblemente– Sé que vas a decir que tu hermano solo piensa en buscar pendencia, pero, francamente, a un mamón como ese, hijo de diez mil prostitutas ¿quién podría soportarle?

Mientras le decía esto a Saad, Ibrahim había agarrado al vuelo el brazo del otro, y se lo torció hasta rompérselo. Fannâs lanzó un grito de dolor y cayó de culo al suelo.

– Por Dios –prosiguió Ibrahim– que no voy a ensuciar mi *shâkriyyeh* con tu sangre: tú no mereces que se desenvaine una espada contra ti.

Ibrahim se contentó con pisarle a su adversario la cabeza con su bota de acero, y apoyar todo su peso sobre él: los espolones de su calzado perforaron la nuca del desgraciado, que murió en el acto. A la vista de esto, un viento de revuelta agitó a las tropas francas:

– ¡Maldito sea el hijo del Korani! –rugían los soldados– ¡Aún no ha entrado en Roma, y ya se ha cargado al jefe de los palafreneros y roto el cuello al sobrino de Federico! –y se apresuraron a informar del incidente al emperador.

– ¡Nuestro *babb*, el hijo del Korani ha matado a tu sobrino!

– ¿Y por qué razón?

– Bueno, pues hay que reconocer que no hay mucho que reprochar al hijo del Korani: todo ha sido por culpa de Fannâs.

– ¡Cristo sea loado: por fin alguien le ha hecho la *mantara* a ese imbécil y nos ha librado de un granuja inútil!

Tras pronunciar esta “oración fúnebre”, fue hasta el lugar en el que se había producido el incidente, y encontró parado al cortejo: a los francos, con los ojos desorbitados de furor, rodeando el cadáver de su sobrino, y a Ibrahim, que se le había puesto cara de pocos amigos, jugando con la guarda de su *shâkriyyeh*.

– ¡Basta ya, *ghandars*! –les cortó en alta voz y sécamente– ¡Quitadme esta carroña fuera de mi vista y arrojadla lejos del cortejo! Y ahora, adelante, y que nadie se atreva a romper el orden del desfile, si no quiere sufrir la *mantara* de mi propia mano. Yo conocía bien a mi sobrino; ¡era un canalla y un depravado, y el hijo del Korani le ha tratado como se merecía! –prosiguió dirigiéndole una sonrisa amable a Ibrahim.

– ¿De verdad era tu sobrino, *babb*? –le preguntó Ibrahim.

– ¡Sí, sí!

– Pues me vas a permitir que te diga que tu sobrino era un jodido imbécil y un grosero, y que a mí no me gustan los groseros; por eso lo he matado.

– Y yo te felicito por ello ¡Por mi religión! ¡menuda tranquilidad verme libre de ese parásito!

– Pues nada, nada; si por casualidad tienes a otro como ese en tu familia, no tienes más que decírmelo, que yo te lo quito del medio por la misma vía...

– ¡No, no; por mi religión! –Se apresuró a responder el emperador–. Ese era el único; te lo aseguro.

Los patricios apartaron el cadáver de Fannâs del paso del desfile, y el pobre diablo se marchó, igual que el ayer, que ya pasó, y no volverá. Poco después, la comitiva hacía su entrada en Roma, la madre de las ciudades.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”:

X.3 – Roma, la madre de las ciudades